

matas y á los godos en derrota hasta el territorio de Licinio, se renovaron las querellas y la guerra fué su resultado. Nuevamente batido Licinio cerca de Adrianópolis, vió destruida en el estrecho de Galliópolis su escuadra (3 de Julio de 323), no quedándole más arbitrio que solicitar la paz que le fué concedida.

Informado Constantino de que volvía á levantar tropas y de que hasta á los bárbaros llamaba en su socorro, le previno en sus proyectos, derrotándole tan completamente, que no vió otro medio de salvacion que el de arrojarle á las plantas del vencedor y deponer la púrpura. Constantino le acogió bondadosamente, fué su voluntad que se sentara con él á la mesa y le envió á Tesalónica con toda clase de miramientos; poco despues fué ahogado, y así se halló reunido el imperio bajo la vigorosa mano de Constantino.

#### CAPITULO XVII

Edad heroica del Cristianismo.

Cuéntase que al marchar Constantino contra Italia suspendió su atencion y la de todo el ejército un verdadero prodigio, pues se le aparecieron encima del sol y en forma de cruz dos radiantes líneas con la siguiente inscripcion en letras de fuego: *Vencerás por esta señal*. Revelósele despues en sueños que era voluntad del cielo que adoptara aquella cruz por enseña, y mandó hacer una que puso en su estandarte con el monograma de Cristo, sustituyéndola á las imágenes de los dioses que se hallaban á la cabeza de los ejércitos segun costumbre.

Desde el oprobio del Gólgota ha sido llamada la cruz á guiar los ejércitos á resplandecer en la frente de los reyes, á abrir una civilizacion nueva, si bien á costa de grandes luchas y de extraordinarios sacrificios.

Ya hemos hecho mencion de los primeros que propagaron el cristianismo por el ejemplo, por la muerte, por la gracia, hasta en los confines más remotos. Resonará la voz de los apóstoles en todo el ámbito de la tierra; mas como su humildad no nos ha dejado recuerdos de todos los países en que operaron innumerables conversiones, hemos de limitarnos casi exclusivamente al mundo romano. No cabe que admita la crítica en todo su vigor la expresion

de San Justino, mártir, cuando exclama: *No existe pueblo griego ni bárbaro, no hay nacion, cualesquiera que sean su nombre y sus costumbres, por ignorante que aparezca en agricultura y artes, ya more bajo tiendas, ya ande errante sobre carros cubiertos, donde no se eleven en nombre de Cristo crucificado, al criador de todas las cosas*. No por eso es ménos cierto que el cristianismo se divulgó con toda celeridad, atendido el sin número de obstáculos, que bastaria esta prueba para hacer fé de su origen divino. Además de la Judea, de Italia, Grecia y Egipto, recibieron el Evangelio de boca de San Pablo las provincias situadas entre el Eufrates y el mar Egeo; háblanos el Apocalipsis de las siete iglesias asiáticas de Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardas, Laodicea y Filadelfia. En Siria eran ilustres las de Damasco, Berea (Alepo) y Antioquia. Chipre, la Creta, la Tracia y la Macedonia acogieron á los apóstoles, quienes tambien sembraron la verdad en el seno de las antiguas repúblicas de Corinto, de Esparta y de Atenas.

Desde Edeso, donde abrazaron muchas personas el cristianismo, pudo propagarse á las ciudades griegas y siriacas, que prestaban obediencia á los sucesores de Artaxar, á despecho de la jerarquía vigorosa de los magos persas y de su intolerante culto. Recibiólo muy pronto de Siria la grande Armenia, aunque no se convirtió enteramente hasta el siglo IV, cuando Tiridato fué bautizado por San Gregorio *Illuminator*. Una cautiva cristiana lo llevó al Cáucaso impulsando á un príncipe ibero á confesar la divinidad de Jesús y á pedir misioneros á Constantinopla. Ya en el siglo II se hallaban traducidos los libros santos en Etiopía, y en seguida se estableció la iglesia por Frumencio, quien despues de haber convertido el Negro y la nacion, fundó el obispado de Axo.

Pero así como las ciudades antiguas querian traer su origen de los semi-dioses, aspiraron las iglesias en gran número al honor de haber sido fundadas por los apóstoles, y algunas de ellas aun subsistiendo testimonios en contra. Sulpicio Severo atestigua que la religion de Cristo no pasó hasta muy tarde al otro lado de los Alpes, y cita una populosa aldea donde todavía nadie conocia á Jesucristo en su tiempo. Sólo aparecen en las Galias las iglesias de Lyon

sido convertidos senadores, caballeros y damas de encumbrada estirpe.

Esta difusion fué favorecida en parte por circunstancias humanas; aun cuando se habian vedado por un edicto de Augusto las nuevas sociedades, se toleró al principio como una secta judáica el cristianismo. Hallándose reunido el mundo civilizado en la extension del imperio, sus propagadores no tuvieron que luchar contra enemistades nacionales, y redundaron de este modo en provecho suyo las conquistas de los romanos. Agréguese á esto el uso del idioma griego adoptado por los apóstoles, que, propagado en todo el Oriente desde la conquista de Alejandro, siendo al propio tiempo el más perfeccionado, se conocia en Italia y en las Galias por todas las personas educadas liberalmente. Hombres llenos de erudicion y profundamente versados en las bellas letras, no tardaron en ganar la estimacion de las clases superiores hácia la enseñanza de los pescadores galileos, desdeñada en un principio, y se expuso en el habla de Aristóteles y de Platon un sistema que presentaba en toda su desnudez la pobreza de los demas filosofías.

Vanamente procuraban los hombres aturdirse en medio de los negocios y de los deleites, pues no podian sofocar en las conciencias aquel poderoso instinto que induce á buscar lo que es Dios y lo que es el hombre, qué relaciones existen entre el uno y el otro, cómo el pecador puede ser redimido, qué será despues de la muerte. ¿Qué podian responder á semejantes cuestiones el orgullo de los estóicos, la depravacion epicúrea, la grosería de los cínicos, el escepticismo académico? Hasta los mejores maestros engendraban el deseo de la verdad en vez de aplacarlo, respondiéndolo con dudas y sutilezas, cuando el alma demandaba el reposo de la certidumbre.

¿Podia ofrecer esta certidumbre la religion pagana? Casi habian perdido su voz los oráculos, desde que se habian hecho secretos los negocios por tratarse en el consejo de los reyes; era difícil preveer la decision de ellos y hasta peligroso revelarla; además, parecia inútil persuadir en nombre de los dioses lo que imponia el decreto de un soberano. Aparecia la muchedumbre cansada de los antiguos dioses; tanta prisa se daba á introducir nuevas divinidades,

y de Viena bajo los Antoninos, y bajo Decio únicamente las de Arlés, Narbona, Tolosa, Limoges, Clermont, Tours y París. Si bien es cierto que muchas ciudades abrazaron la fé cuando aún podia costar el martirio, la masa de la poblacion no se hizo cristiana hasta que cesaron las persecuciones, cuando el celo de San Martin de Tours y de su sucesor San Bricio, de San Corentino de Quimper, de San Marcelo de Paris fué recompensado con gloriosos triunfos.

Sin prestar asenso á la idea de que el año 180 enviara el papa Eleuterio misioneros á la Gran Bretaña á instancias de un rey denominado Lucio, leemos en Tertuliano que *los cambrios y los caledonios, invencibles hasta entonces contra los ejércitos romanos, fueron avasallados por Cristo*.

Santiago el Mayor, á quien atribuyen su conversion los españoles, no aparece haber salido de Palestina, donde padeció martirio nueve años despues de Jerucristo y antes de la dispersion de los apóstoles. Cubre igual incertidumbre el origen de las iglesias de Africa, en las que prosperó la buena semilla, merced á los obispos establecidos en gran número hasta en las más pequeñas ciudades, y al celo de los elocuentes campeones de la fé, especialmente de San Cipriano. Ya en tiempo de Neron, treinta y tres años despues de la muerte de Cristo, habia en Roma muchos cristianos; ya se distinguian bien á las claras de los judíos; ya no se les puede castigar sino inventando contra ellos absurdas calumnias; ya han logrado penetrar en provincias remotas, á la par que se vanaglorian de haberlos extirpado, como de un triunfo. Luciano halla el Ponto, su patria, invadido por epicúreos y cristianos. A los ochenta años de la venida de Cristo se querella Plinio de que están desiertos los templos y de que carecen las víctimas de compradores, y acusa de ello á esta supersticion cristiana divulgada hasta en las cabañas y chozas.

A la sazón no eran los prosélitos solamente gentes vulgares; hallábase Plinio de *todas condiciones y edades*. Tertuliano declaraba al próconsul, que si persistia en hacer la guerra á los cristianos de Cartago tendria que diezmar la ciudad, y encontraria muchos delincuentes de su categoria, senadores, matronas, amigos. Supone el edicto del emperador Valeriano haber

cuyo símbolo no hubiera aún sido amenguado con interpretaciones materiales, para reanimar su fé en una continua alternativa de incredulidad y de supersticiones. Si el pueblo creía, hallaba en los dioses ejemplos de todas las corrupciones, y temeroso de que el homenaje tributado al uno fuera un insulto para el otro, se abismaba en prácticas supersticiosas. Tocante á los talentos cultos, ¿cabía en lo posible tener fé en aquella turba de divinidades y en sus poéticas aventuras? ¿Podía insultarse al hombre dotado de un alma generosa, delante del ara donde se incensaba á un Antinoo y á una Drusilla? Así, filósofos, sacerdotes, hombres de Estado, consideraron los diferentes cultos como igualmente falsos, aunque los juzgasen provechosos; no cubrían más que el ateísmo, tanto la tiara del pontífice, como la larga túnica del augur y toga del magistrado.

Al revés los cristianos exponían una doctrina sencilla, clara, humana: «Lo que es y lo que debía ser, la miseria y la concupiscencia, la idea siempre viva de la perfección y del orden que hallamos igualmente en nosotros, el bien y el mal, las palabras de la divina sabiduría y los vanos discursos de los hombres; la vigilante alegría del justo, los dolores y los consuelos del arrepentimiento; el espanto ó la imperturbabilidad del malo; los triunfos de la justicia y los de la iniquidad; los designios de los hombres llevados á término á través de mil obstáculos ó trastornados por un obstáculo imprevisto; la fé que aguarda la promesa y comprende la vanidad de lo que pasa; la misma incredulidad, todo se explica con el Evangelio, todo confirma el Evangelio; la revelación de un pecado, del cual lleva el hombre en su alma los tristes testimonios, sin poseer por sí mismo la tradición y el secreto, y de un porvenir de que sólo nos quedaba una idea confusa de terror y de deseo, es la que nos muestra en claro el presente que tenemos delante de nuestros ojos; los misterios concilian las contradicciones, y las cosas visibles se comprenden por la noción de las cosas invisibles.

«No era conducido el prosélito á esta sublimidad por su iniciación en misterios, cuyas explicaciones físicas pudieran revelar la impostura de los sacerdotes, y poner sus convicciones en oposición con las prácticas exteriores,

si no que se le exponían las altas verdades de la Encarnación, de la Redención, de la Eucaristía. Estaban en perfecta armonía la enseñanza uniforme y sólida de la escuela con la predicación; el misterio con la doctrina exterior; las ceremonias del culto con la consumación del sacrificio. A la opinión, á la duda, al miedo sustituía el cristianismo tres virtudes ignoradas, fé, esperanza y caridad. Mientras que en la idolatría no eran otra cosa las fiestas que alusiones á accidentes naturales, á lo sumo conmemoraciones patrióticas mancilladas á menudo con desórdenes é impurezas, en las fiestas cristianas era signo de renacimiento espiritual el vuelo de la alegría. Al paso que allí se consultaba el porvenir á causa de no conocer la Providencia, aquí se confiaba en la omniscencia divina, y, exento el espíritu del temor de siniestros presagios, hallaba la explicación de la vida en lo que debía acontecer después de la muerte.

»De esta suerte al anuncio de una religión divina en su origen, sencilla y verdadera en su doctrina, pura y sublime en su moral, despertaba el entendimiento, cuando la voluntad vacilaba todavía. Si no triunfaba la gracia de los hábitos de la educación primera y del interés, bastaba el conocimiento del cristianismo para ofrecer ideas más sanas. Efectivamente, cuando se trató de reanimar las antiguas creencias, hubo necesidad de mezclar á ellas algo puro y elevado que nunca habían tenido; el grosero politeísmo se aproximó al conocimiento de un solo Dios; restringióse el culto casi únicamente á Júpiter y á Apolo; hasta se consideró á este último como medianero entre Dios y los hombres, encargado de revelarles por medio de los oráculos la voluntad suprema, y también como el salvador de la humanidad, por que después de ser encarnado, había vivido esclavo sobre la tierra, sometiendo á padecer por expiación. Máximo de Tiro afirmaba que todos los pueblos, cualesquiera que fuesen sus ideas, creían en un sólo Dios, padre de todas las cosas. Lo mismo afirmaba Prudencio en sus versos. Siempre tenía el pueblo en la boca: *Sábedlo Dios; Dios te bendiga. Si Dios quiere.*

Infructuosos eran cuantos esfuerzos hacia la idolatría por cobrar aliento á beneficio de los dogmas católicos, y por erigir de mosaico un

nuevo edificio. ¿Podía ofrecer acaso la consoladora doctrina de un redentor y de la remisión de los pecados? No asistía al hombre otro medio de apaciguar los remordimientos de su conciencia que el de los holocaustos, haciendo caer sobre su cabeza la sangre de las víctimas degolladas, ó con el auxilio de otras prácticas, cuya supersticiosa vanidad era conocida. ¡Cuán buena nueva debía ser, pues, la de haberse encargado un Dios de aplacar aquella cólera inexorable, y de que cada cual podía apropiarse los frutos del sacrificio de la cruz por la fé en el redentor divino! Los leales partidarios de aquellas sociedades que no reservaban á los delincuentes más que el castigo, acusaban con aplomo á los cristianos de que acogían en su seno á los pecadores; pero los cristianos respondían á la acusación regenerando con la penitencia á aquellos á quienes habían acogido.

Estas consideraciones arrastraban á las gentes de buena fé á seguir, ó á lo menos á venerar el cristianismo; pero daba margen á otra acusación la circunstancia de abrazarlo en tropel los hombres vulgares y los esclavos. No había ejercido la corrupción tantos estragos en las clases laboriosas como en la aristocracia; creyendo lo que creían sus padres frecuentaban los plebeyos los templos, y comprendían la necesidad de la divinidad. Del mismo modo entre los esclavos; si muchos de ellos eran vergonzosos instrumentos de los vicios de su amo, otros más distantes del teatro de libertinaje, permanecían fieles á sus obligaciones. ¡Cuán consolador era para éstos oír hablar de un Dios igual para ellos y para sus tiranos, saber que las fatigas, los tratamientos inicuos, podían cambiarse por la paciencia en tesoro para otra vida, cuando los opresores y los oprimidos fueran llamados ante el juez incorruptible!

Aquellos que han sufrido pueden concebir cuantos consuelos encierra semejante idea. Ahora bien, ¡cuántos pedecimientos debían inclinarse á que se acogiera favorablemente el cristianismo en aquellos tiempos en que, como si no hubiera bastado aquella alternativa continua de anarquía y de despotismo, la brutalidad de los emperadores, la licencia feroz de los soldados, las exacciones de los magistrados, había que temer además la peste, los terremotos, las inundaciones, el hambre, las incursiones de los

bárbaros y una disolución universal! En medio de tal desorden apareció la sociedad cristiana.

Cabía en lo posible desdeñar las palabras de los apóstoles de la ley nueva y responderles: *Tenemos que ocuparnos en otra cosa, ú, os oiremos mañana;* pero á la vista de todos se presentaban ejemplos de virtud á que no podía negar su admiración nadie; todos eran testigos de una fraternidad que proporcionaba á los miembros de la familia cristiana los goces de una vida interior suficiente por las ideas y los sentimientos para ocupar á las almas fuertes, para ejercitar las imaginaciones activas, para satisfacer las necesidades intelectuales y morales reprimidas por la tiranía y por el infortunio, aunque no sofocadas. Aplicándose á corregir las costumbres privadas para mejorar las costumbres públicas, no imitaban los cristianos á los grandes filósofos declamando contra un siglo perverso, á la par que seguían la corriente, sino que mortificaban las pasiones, enseñaban á dominar los malos deseos, á no hacer y decir nada deshonesto; ellos mismos podían ser tomados por modelos de beneficencia, de virtudes, de mortificaciones personales. Ajenos á la presunción y al orgullo, huyendo de los honores y del fausto, se les veía á la cabecera del enfermo, en los calabozos, sobre el cadalso. Durante las pestes que hicieron indecibles estragos, se hallaban junto á los que se sentían atacados de aquella plaga, asistiéndoles, llevándoles limosnas, dándoles sepultura, mientras que los otros no pensaban más que en guarecerse de la epidemia. Además enseñaban á los pobres á no envidiar á los ricos, porque el mismo Jesucristo había sido pobre, y porque de los pobres es el reino de los cielos; apartaban á los esclavos del designio de denunciar á sus señores, á los hombres libres del de oprimir á los esclavos, daban á conocer á todos que había otra vida diferente de aquella de que podía disponer el César. Al ver aquella comunidad íntima, aquella unión fraternal consolidada entre los cristianos por la unidad de creencias y de esperanzas, exclamaban los gentiles: *¡Miradlos como se aman!* Y con razón decía Tertuliano: *Están poseídos de asombro los que no saben más que aborrecerse.*

Desde muy luego se organizaron los cristianos en sociedad con jefes y leyes, ingresos y

gastos comunes; reunidos por vínculos voluntarios y morales, no ménos sólidos por esta circunstancia, sobrepujaban en mucho á las agregaciones religiosas de los antiguos, débiles y diseminadas. Estas no tenían ritos ni opiniones comunes; lo que se creía en Elida era objeto de mofa en Delos, cuyos milagros servían de irrisión en Epidaura. Independientes unos de otros los sacerdotes de los distintos templos, á ejemplo de los dioses, eran rivales y enemigos. Al revés entre los cristianos, adictos hasta la muerte á una misma causa, no había mas que un espíritu, una moral, un culto; creían en la unidad de la fé y en el conocimiento del hijo de Dios, en la infalibilidad del concilio de sus sacerdotes, y dependían de jefes que habían practicado con Dios, ó con los que habían vivido á su lado.

Si se exceptúan algunos fanáticos egipcios ó sirios, ¿qué sacerdote pagano hubiera padecido por su dios, no ya tormentos, sino algunas privaciones? ¿Quién hubiera querido, al predicar un culto, emplear más celo del necesario para adquirir crédito y riquezas? No considerando su ministerio mas que como una función del Estado, estaban propicios, si el Senado lo decretaba, á sustituir Júpiter á Tina, Mitras á Apolo, y á colocar sobre el ara al tirano y á la prostituta.

El cristianismo era profesado por hombres que no habían nacido casualmente en su seno, sino que habiéndolo adoptado por un íntimo convencimiento, despues de una larga lucha y de penosos sacrificios, habían contraído el empeño de conservarlo y de propagarlo con una exaltación natural y una ferviente confianza. Persuadidos de que fuera de su fé no hay salvación, descenden hasta el alcance del vulgo, de los niños, de las mujeres, para persuadirles, resolver sus dudas, regular su conducta, para comunicar á todos el conocimiento más esencial, el de sus propios deberes. Vienen á ser patrimonio de todos los principios del orden social por medio de catecismos, homilias, profesiones de fé, cánticos y oraciones; formas diversas de una misma fé adoptadas á la capacidad comun. Ocupase el padre convertido en atraer su familia á una creencia que guía á la salvación. Predica el soldado á su cohorte, el esclavo á sus compañeros de cautiverio, y á

veces á su mismo amo. Muchos, segun el testimonio de Eusebio, distribuían sus bienes á los pobres, y luego se iban á países remotos; allí establecían iglesias, y se engolfaban cada vez más en comarcas ignoradas hasta entonces; ¿cómo era posible que la indiferencia pagana resistiera por largo tiempo á semejante apostolado?

Y luego aquellos romanos y aquellos griegos, que no querían comprender el decaimiento de su patria, y se complacían en recordar á los Leonidas, á los Escévolas, á los Brutos, pródigos de su vida por una libertad, que parecía más hermosa despues de perdida, encomiaban en secreto el heroísmo del escaso número de aquellos, que les imitaban ó falsificaban, resistiendo á los Césares y arrojando la muerte. A éstos ofrecían los cristianos una familia que proclama la libertad, no la libertad que excluye el orden y se adquiere con la rebeldía, sino la libertad que resiste á todo atentado contra la independencia del espíritu y de la conciencia, y por la cual sabían los galileos, no darse la muerte, sino aguardarla con intrepidez. Cuando en todas partes se compite acerca de quién se envilecerá más á las plantas de señores envilecidos, enseñan los cristianos que sólo de Dios depende el hombre; en lo concerniente á la fé y al ejercicio de su religion, no reconocen ninguna autoridad terrestre; lejos de descender á la apostasía, ni de prestarse á quemar un grano de incienso ante las aras del dios Júpiter ó del dios Antonino, ni áun siquiera se someten á renunciar, en cumplimiento de los decretos, á sus asambleas religiosas, ni á las prácticas de su culto, ni á entregar á los magistrados sus santos libros. Son sus medios de acción la sinceridad y la paciencia, no la fuerza ó la astucia, no la habilidad que transige ó aguarda el momento favorable.

¿Pretenden los emperadores, el sanhedrin ó los procónsules obligarles por la violencia? Si son débiles apelan á la fuga; en otro caso padecen, sin doblegarse nunca; el refinamiento de la crueldad no hace más que duplicar su constancia; y aunque los sabios la tratan de obstinación y de locura, excita el celo de los demás, de manera que la *sangre es la semilla de los cristianos*. Es verdad que los romanos estaban acostumbrados á cotidianos suplicios,

á las luchas de los gladiadores, á las lides armadas en la ciudad ó en el campo, á suicidios estóicos; pero los que perdían la vida de este modo, ó perecían forzosamente, ó porque la vida les servía de insoportable peso, ó á lo sumo la abandonaban con indiferencia, como un bien de que se habían cansado. Al revés entre los cristianos, niños, ancianos, mujeres, morían, no con la orgullosa dignidad de la escuela, sino sin ostentación y sencillamente; no por doctrinas muertas, sino por palabras de vida; no por ellos mismos, sino por todo el género humano. En medio de inauditos tormentos no lanzaban un gemido; al contrario, se regocijaban y perdonaban á sus verdugos.

Allí se revelaba una fuerza sobrenatural que multiplicaba las conversiones, ó inspiraba amor hácia la nueva doctrina. Generalmente están atestiguados los milagros, y producidos en pruebas en las apologías, donde importaba no sentar falsedad ninguna; ni áun los niegan los enemigos de la nueva creencia, sino que los atribuyen á la magia. De consiguiente el escritor de buena fé se detiene antes de refutarlos ó de reírse de ellos, obligado á admitir el mayor de todos, el de convertir al mundo, el de hacer entrar á tantos ignorantes en el conocimiento de misterios tan elevados, el de inspirar sumisión á los doctos, el de persuadir á tantos incrédulos de cosas increíbles, á pesar de los obstáculos mas poderosos.

Entre estos obstáculos conviene contar ante todo la costumbre. El gentil había respirado, por decirlo así, el politeísmo en sus primeras ideas, en sus primeras palabras; los dioses estaban asociados á las impresiones de la juventud, que tanta influencia ejercen sobre el resto de la vida; habían sido objeto de su educación; le ligaban á ellos las preocupaciones; llenos estaban de ellos los libros que habían cultivado su talento, ocupado sus ocios, distraído sus penas. A los dioses se había encomendado en sus necesidades; á sus oráculos había recurrido en sus incertidumbres; despues de haberse libertado de una enfermedad, de un naufragio, de los furiosos de Calígula ó de la venganza de Sejano, cumplía ante sus aras los votos hechos en la hora del peligro. Son tan risueñas y tan vivas las imágenes mitológicas, que su prestigio seduce todavía la imaginación despues de

tantos siglos y extinguida ya la fé en ellas. Aún debía ser mayor el poder de aquellas imágenes cuando todas las artes las consideraban como un inagotable manantial de lo bello.

El cristianismo, que en los dioses protectores de la música, de la poesía, de la elocuencia, no veía mas que demonios, queda reducido á abstenerse de las bellas artes. A cada paso halla peligros y manchas. Se vé, pues, obligado á no tomar parte en los goces que traen consigo días de recíproco anhelo, conmemoraciones solemnes; á no suspender lámparas ni ramos de laurel á las puertas; á no ceñirse de flores cuando todo el pueblo corona con ellas su cabeza; antes, bien, es un deber suyo protestar contra todo lo que tenga visos de idolatría. Si se canta en un matrimonio á Himeneo; si una ceremonia fúnebre va acompañada de expiaciones; si en un banquete se hacen libaciones á los dioses hospitalarios; si se venera á los lares en lo interior de la familia, debe huir el cristiano, y manifestar el horror que aquello le infunde. De aquí disgustos continuos y la necesidad en que está el convertido de vivir solo, de renunciar á las mas queridas distracciones, de consagrarse enteramente á las abnegaciones, al aislamiento: «Me parecía muy difícil, dice San Cipriano, renacer y hacer una vida nueva con el mismo cuerpo, y ser otro hombre distinto que antes. ¿Cómo es posible, me decía á mí mismo, despojarse de repente de los hábitos del alma, tan numerosos y tan arraigados, inherentes á la misma naturaleza ó á un largo uso? ¿Cómo hacerse frugal despues de haber tenido un alimento abundante y delicado? ¿Cómo salir á la calle con una vulgar vestidura, cuando se han gastado siempre ricas telas, púrpura y oro? ¿Se volverá á vivir como simple particular un personaje acostumbrado á los haces y á los honores, á una multitud de amigos y de clientes? ¿No es un verdadero suplicio vivir solo? Esto es lo que me decía, y desesperando de encontrar cosa mejor, amaba aquel mal, que había llegado á ser en mí una segunda naturaleza.»

Agradar al príncipe era el único medio de ascender á los empleos y á las dignidades; ahora bien, el príncipe quemaba á los cristianos, y untándolos con pez les hacía servir de antorchas en sus jardines. Una multitud de mora-